

Los dólmenes, fósiles y cuevas están en el monte...

Hemos entrado en el Invierno. Las hojas de los árboles que en Primavera florecían tiñendo con alegre colorido el paisaje, ya no podrán alegrarse en cada mañana como lo hacían cuando al sentir las primeras caricias del Sol, brillaban alborozadas presentando en sus mejillas perlas de rocío que la noche en ellas depositó. Hoy los árboles están desnudos; de una manera lenta y como resistiéndose a ser pisoteadas, las hojas han ido cayendo hasta dejarlos feos y tristes que es como todo el Invierno permanecerán. Desapareció el verde encanto del campo en Verano, también el bello y dorado color otoñal, los ruiseñores y jilgueros ya no aportan con sus trinos al polícromo paisaje que nos entusiasmaba, el fino detalle de su música, así como tampoco el Sol brilla ya con aquella intensidad que nos proporcionaba un agradable ambiente de luz y calor. Ante la pérdida de todos estos encantos nos podemos preguntar. ¿Qué queda ahora al montañero como detalle natural que halague su sentido contemplativo?

La bulliciosa presencia del excursionista «garrafonero» ha cesado, y este es un buen momento para hablar de los encantos de la Naturaleza y del verdadero montañismo.

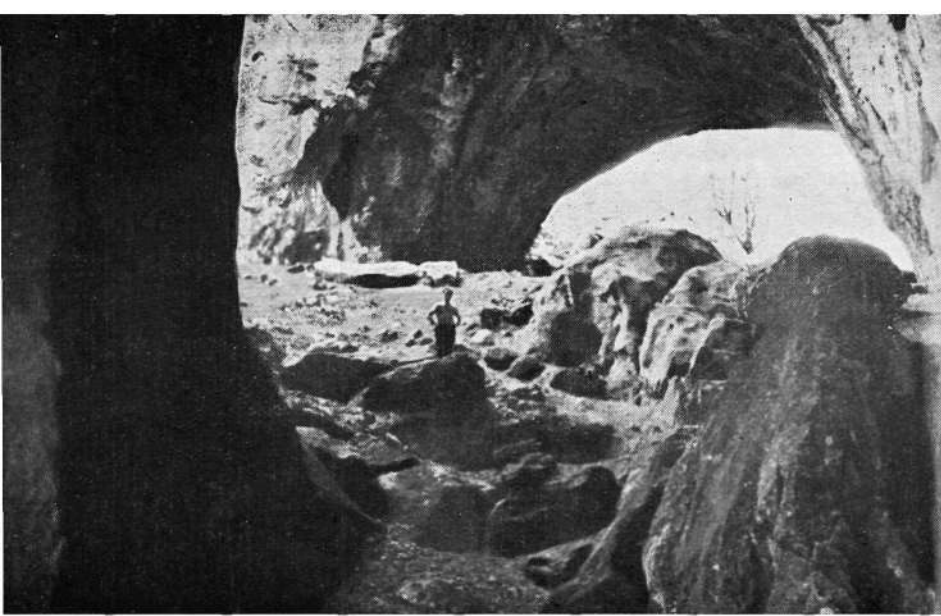
Dejar las salidas montaÑeras en este tiempo so pretexto de que en él ya no se disfruta, es llamarse indebidamente «admirador de la Naturaleza». Nadie se atreverá a negar la magnificencia de un panorama nevado; presenciar paisajes revestidos de un tono gris con rayadas de Sol que se esfuerza por enviarnos sus vivificadores rayos, también resulta muy hermoso, pero no es de esta belleza de la que queremos hablar, porque hay una multitud de cosas más con las que suficientemente podemos ver pagadas nuestras andanzas en todo tiempo. ¿Por qué centramos nuestra atención exclusivamente en las cimas, haciendo caso omiso de cuanto nos rodea hasta llegar a ellas?

El conocimiento de ciencias tan interesantes como la Arboricultura, Paleontología, Prehistoria, etc., etc., es aconsejable para todo aquel que se llama «amante de la Naturaleza». La Naturaleza como obra de Dios es maravillosa en todas sus facetas, pero no nos debemos limitar a reconocer esta verdad, sino tratar de asimilarla por medio del adecuado estudio. No es menester aprenderse de memoria gran cantidad de nombres raros, tampoco es necesaria una fanática sujeción, basta con aficionarse a una materia que ocupe de modo provechoso para nuestra cultura el tiempo que empleamos al realizar ascensiones y travesías.

Sirviéndonos de ese continuo coincidir en las cumbres con personas que hoy son nuevas amistades, vamos a ir repasando cómo son los montañeros que hemos conocido para llegar a la conclusión de cómo debemos ser nosotros.

Los hay verdaderamente apasionados que sin perder fecha alguna, organizan sus excursiones con una constancia admirable. Eligen su itinerario para llevarlo a cabo aún a trueque de forzadísimas marchas con tal de conseguir el objetivo que se han propuesto. No hay regla sin excepción, pero por lo general pueden quedar catalogados como «tragamontes» que anteponen el concepto deportivo a todo lo demás. De acuerdo en que el montañismo es un saludable deporte, pero más aún que físico es deporte espiritual. La sensibilidad de estos montañeros suele ser refractaria a muchas bellezas que por sí solas bastan para compensar el cansancio de todo un día. Para ellos cuenta mucho más el alcanzar unas marcas con las cuales ven pagado su esfuerzo suficientemente, que la alegría proporcionada por el hallazgo de un fósil que nos es nuevo, por ejemplo.

He conocido otros que alegres y divertidos, sólo efectúan aquellas salidas en que saben no van a andar mucho y lo van a pasar bien. Con buen aprovisionamiento alcohólico, siguen a aquel que los guía en el itinerario

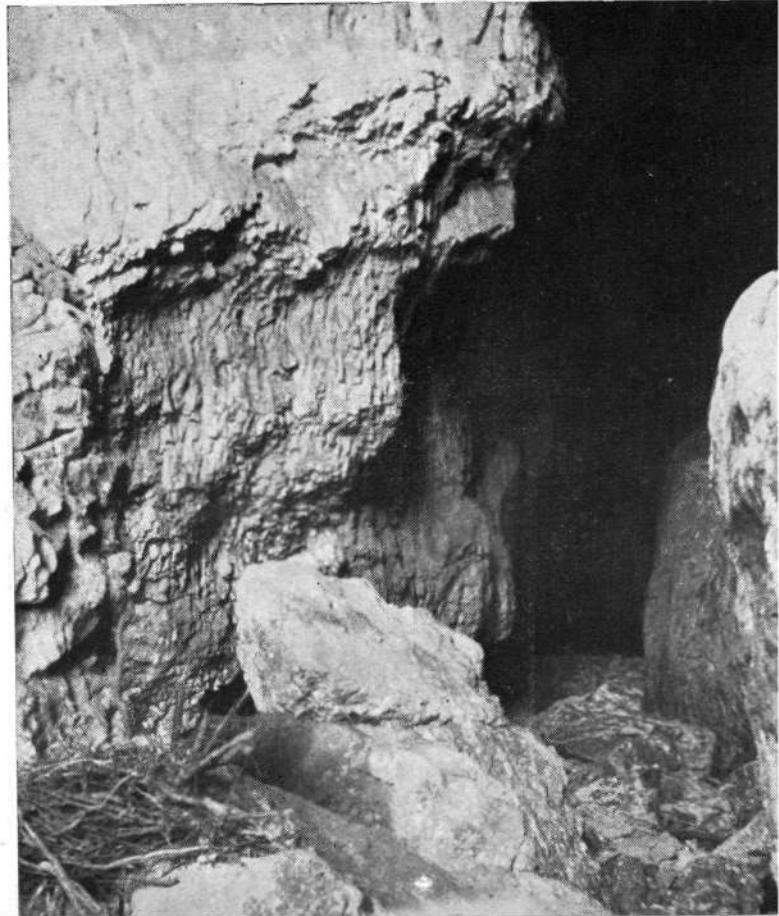


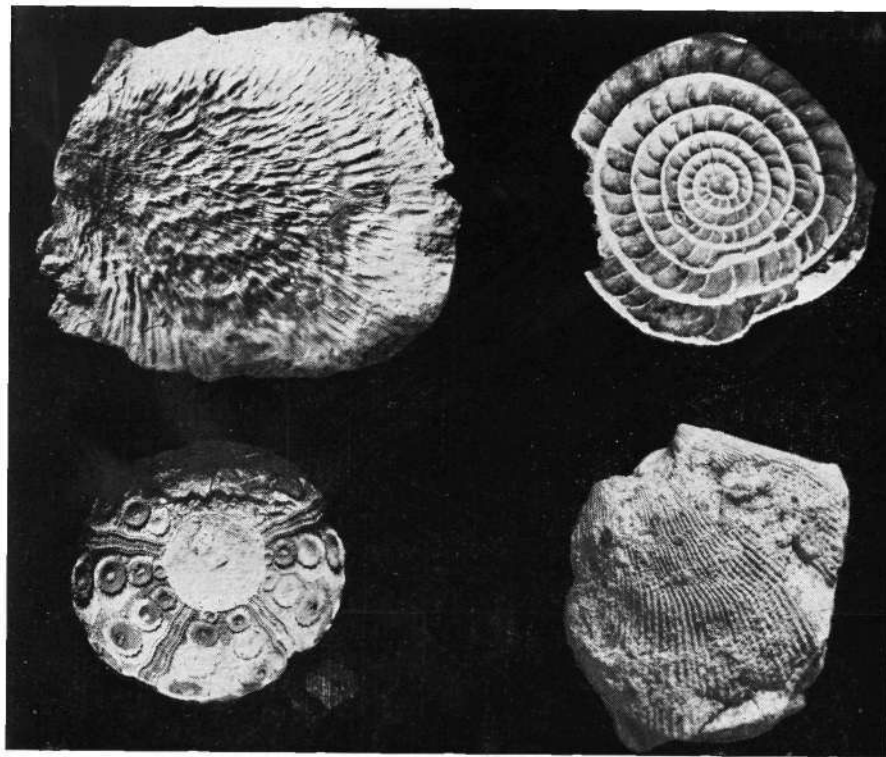
Puentes naturales
de Aitzulo
(Peñas
de Urréjola)
Oñate.

Foto R. de Gaona

Entrada a la famosa cueva
de Guesaltza (Aránzazu).

Fóto Gómez de Llarena

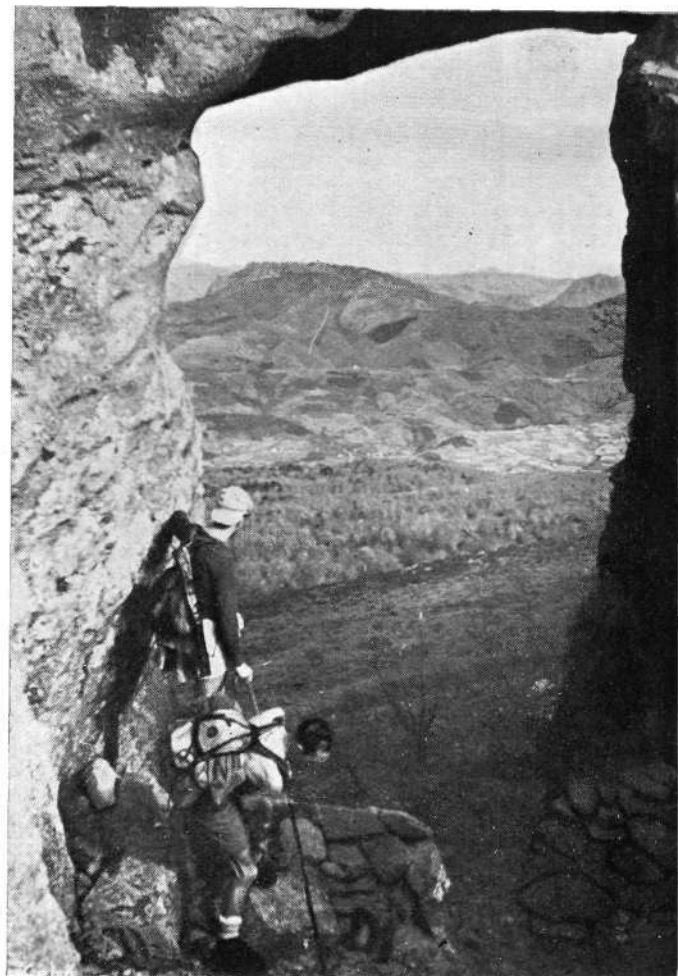




Diversas clases de fósiles
hallados en Alsasua
y Olazagutía.

Foto R. de Gaona

OJO DE ATXULAR
(Gorbea)



pero sin pena ni gloria, cantan cuanto de chavacano se puede cantar y alguna que otra vez te dicen que tal paisaje es bonito, pero aún cuando lo sepan reconocer, se lo ha tenido que descubrir otro. En el monte hay que ser alegre, sí, pero con esa alegría que proporciona el estar exento de malas costumbres. También hay que cantar pero con sentido y en momentos oportunos. No importa que se pierda una lágrima varonil al entonar una canción que nos emociona, o sentir un escalofrío que nos estremezca, lo que sí importa es hacer que en nuestros actos mande un corazón noble.

Hay otros muchos (y creo que son la mayoría) que vienen a compendiar las dos modalidades anteriores. Efectúan salidas muy frecuentemente, cantan, beben y sacan bastante buen partido del montañismo gozando de los beneficios de su afición de una manera bastante completa. Si algún compañero les dice en el Club que hay que catalogar un dolmen o localizar una cueva, lo hacen gustosos aunque de una manera un tanto ficticia y sin sentir las emociones del amigo al que complacen de buena gana por la novedad que ello supone.

Finalmente, existe un número menor de montañeros de los llamados «solitarios» y que por el momento son los mejores que he conocido. No se debe entender que abogo por el sistema aislacionista de los que de un modo casi insociable no quieren saber nada de amigos ni compañías, sino tan solo me limito a reconocer lo muy enamorados de la Naturaleza que son y en cuya contemplación no quieren verse molestados por nadie, siendo generalmente los más acreedores al calificativo de «completos» al que también nosotros debemos aspirar. Para conseguir esto, el primer paso que debemos dar es el de salirnos de esa rítmica monotonía en que estamos sumidos. El simple subir y bajar sin enterarnos del terreno que hemos pisado y sin apreciar una infinidad de detalles interesantísimos que nos pasan desapercibidos, debe desaparecer para dar paso a una afición sólida y más concreta por medio de la cual hagamos algo más que andar. De esta manera, no sólo haremos más bonito y ameno nuestro deporte, sino que los ratos libres del día laborable, también los podremos emplear comprobando datos o aprendiendo cosas

nuevas de las muy hermosas que tiene la Ciencia Natural.

Si me he permitido esbozar esas síntesis de cómo es actualmente el montañero, no es porque yo me crea perfecto, sino que al dolerme los pasos que damos huecos y anhelantes tan sólo de cumbres, estimo deben ser modificados hasta conseguir que exista un acicate que no desaparezca con el frío, el calor o las lluvias, sino que perdurando en todo tiempo, cada vez lo busquemos con más ansiedad. Tenemos el orgullo de practicar el mejor de los deportes y en nuestras manos está el elevarlo hasta una perfección insospechada si nos aficionamos a admirar en la Naturaleza las maravillas que, precisamente a nosotros los montañeros, ella nos tiene reservadas.

MIGUEL BENGOA

Del Grupo de Ciencias «ITURRALDE»
de Pamplona.

